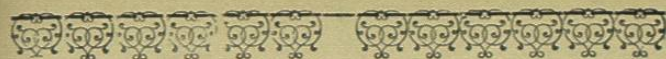




FONDO
FERNANDO DIAZ RAMIREZ



EN gracia de aquellas personas que por falta de tiempo ó por otro motivo cualquiera, ignoren los rasgos principales de la vida del Santo Mexicano, de quien la fiesta del tercer centenario de su muerte hoy celebra la Iglesia, consagramos una página para mayor gloria suya y de la Religión que defendió con su sangre, y para mayor confianza en el corazón de los mexicanos que han tenido á bien, con inspiración verdaderamente del cielo, tomarlo en esta vez como abogado ante la Augusta Trinidad, por los pecados nacionales cometidos durante los cuatro siglos que lleva de existencia cristiana nuestra patria.

¡Cuán hermoso, tierno y satisfactorio es contemplar á un hijo de nuestro suelo presentándose al Padre y ofrecerle su sangre acompañada de los ruegos, plegarias, sacrificios, lágrimas, actos de caridad y otras muchas obras buenas de millones de hermanos suyos, de sus compaisanos, é impetrar humildemente un perdón universal, un olvido de lo pasado, una palabra de paz para su pueblo!

Felipe de Jesús ó de las Casas como se llamaba en el siglo, nació según todas las probabilidades el año de 1572 en la Ciudad de México, de cristianos, nobles y ricos padres, que lo fueron Alonso de las Casas y Antonia Martínez.

Es tradición que fué bautizado en la pila bautismal que se conserva con gran veneración en una de las capillas de la Iglesia Catedral de México.

Pusieron sus padres todo esmero en educarlo en el santo temor de Dios.

Estudió Latinidad en el Colegio Máximo de San Pedro y San Pablo de la Compañía de Jesús, siendo su maestro el P. Pedro Gutiérrez de la misma Com-

pañia, el que sobreviviendo, aunque ya muy anciano, al tiempo de su Beatificación exclamaba lleno de alborozo: «fué mi discípulo, fué mi discípulo!»

Entró de novicio en la Orden de San Francisco en el convento de Puebla, llamado de Santa Bárbara.

Poco después, arrepentido de su vocación se volvió al siglo con no poco sentimiento y lágrimas de sus padres. Enfadados estos de la inconstancia de su hijo y de su vida mundanal (aunque no viciosa y prosti-tuida como lo tienen bien averiguado los más ilustrados escritores de su vida,) lo enviaron á las islas Filipinas con caudal para comerciar.

Estando en Manila muy ocupado en su comercio, dió el Señor segundo golpe á su corazón, y cual otro hijo pródigo entró en serias reflexiones del bien que habia perdido saliéndose del Noviciado.

Pidió el hábito en el convento de Santa María de los Angeles de Religiosos Descalzos Franciscanos de aquella ciudad.

Dobló su fervor para recuperar el tiempo perdido, y desde luego que vistió el humilde sayal, se presentó á aquella observantísima Comunidad como un ejemplar el más perfecto de la virtud, más anciana y madura.

Jamás vieron aquellos rigurosos claustros novicio más humilde y devoto, más obediente y caritativo, más austero y penitente, más modesto y observante.

Profesó en manos de Fr. Vicente Valero, guardian de aquel convento, el día 22 de Mayo de 1594, mudándose el apellido de Casas en el de Jesús.

Después de su profesión, dice Rivadeneyra, perseveró en sus buenos deseos y buenas obras y en mucho silencio, poniendo mucho cuidado en pagar devota y atentamente el Oficio divino; gustando de hallarse de día y de noche en el coro con los demás Religiosos, á los cuales consideraba como ángeles del Señor. Sobre todo, trabajaba en la enfermería mostrando mucha humildad y caridad en todo lo que era servicio de los enfermos, y anteponiendo el cuidado de servirlos á su propia salud.

Sacrificó su cuerpo á continuos ayunos, sangrientas disciplinas y espantosas mortificaciones con que llenaba de edificación y pasmo á los Religiosos más

venerables y ancianos de aquella estrechísima Comunidad, que no dudaba poner á Felipe por modelo de la más sólida virtud.

Habiendo llegado estas buenas noticias á oídos de sus padres, depuesto ya su enojo, y sabiendo que Felipe no podía ordenarse en aquel país por falta de prelados, con este pretexto, como familiar que era su padre del Santo Oficio, interesó todo el respeto de los Señores Inquisidores con el Comisario General de Indias, que lo era el M. R. P. Fr. Pedro Pila, para que con su licencia y patentes viniera su querido hijo á dar á su familia el último adios, y ordenado de sacerdote se restituyera á los nobles destinos de su vocación.

Alcanzada la licencia se embarcó en el primer navio que se hizo á la vela, y que tenia por nombre "San Felipe," el 12 de Julio de 1596 en el puerto de Cavite.

Las heroicas virtudes que en esta navegación practicó, le hicieron acreedor á la veneración de todos los pasajeros y gente de mar, quienes le llamaban "El Santo," y con gracejo jugaban con el vocablo diciendo que el navio "San Felipe" llevaba á San Felipe.

Su mismo confesor Fr. Diego Guevara de la Orden de San Agustín, que después fué Obispo de Camarines, no le llamaba con otro nombre: ¿qué quiere San Felipe? le decia; á dónde vá San Felipe? espere un poco San Felipe.

A los catorce días de embareados, padeció la nave una deshecha tormenta, aumentando el pavor de los navegantes la preseneia de un cometa de aspecto triste y siniestro.

Creció la borrasca y ya hacia agua la nave. Vieron también en el cielo una cruz que por espacio de un cuarto de hora estuvo blanca y resplandeciente: púsose roja después y al fin desapareció envuelta en una negra nube.

Siendo imposible proseguir adelante y ni aún regresar á Manila, se dirigieron al puerto más cercano, que era el de Hurando en el Japón.

Habiendo entrado la nave al puerto y desembarcado los Religiosos, el gobernador del lugar que era gentil, les mandó decir que no podrian salir sin licencia del Emperador, que se hallaba en la ciudad de Meaco.

El capitán del buque envió un presente al Empe-

rador para obtener la licencia, deutando para este objeto á Fr. Juan Tamayo, agustino, Fr. Juan Pobre, lego franciscano, Fr. Felipe de Jesús y tres marinos españoles. Nada se consiguió.

Enviado de nuevo por el capitán, Fr. Felipe, á la ciudad de Meaco, á verse con el P. Comisario Fr. Pedro Bautista, en el camino un mesonero le despojó de la túnica porque habia aceptado un poco de alimento que como frayle pobre no habia podido pagarle.

Arreglado el negocio que llevaba con el P. Comisario y disponiendo ya su regreso, fué cercado el convento por orden del Emperador, quedando presos el P. Comisario, Fr. Felipe, con tres Religiosos más y doce japoneses cristianos ministros del convento.

Estuvieron allí presos del 9 al 30 de Diciembre de 1596. Todos persuadian á Felipe que se libraba de la prisión y de la muerte; que bien podia escaparse, ora porque no estaba su nombre en la lista, ora por la inmunidad de que gozaba en el Imperio la persona que hubiese hecho un presente al Emperador. Más él respondió: *«No permita Dios que mis hermanos estén presos y yo en libertad. Será de mí lo que fuere de ellos.»*

El día 30 estando los Religiosos en el coro á la hora de vísperas, llegó gente armada para conducirlos á la cárcel pública.

El Santo Comisario tomó del coro un Crucifijo y bajó á la Iglesia con los Religiosos y criados del convento. Allí fueron amarrados con crueldad y llenos de desprecios y afrentas. Se despidieron del Santísimo, entonando el "Te Deum" y de María Santísima cantando el "O Gloriosa Domina," y salieron del templo.

Un cuarto de hora tardaron en llegar á la cárcel, molestados en la travesía con el lodo, piedras y salivas que les arrojaban los gentiles. Encontraron allí á Fr. Martín de la Asunción, tres Religiosos de la Compañía de Jesús y otros cristianos japoneses.

Después de seis días de prisión fueron sacados de la cárcel para llevar á cabo la sentencia del Emperador. Se les cortó desde luego la oreja izquierda según leyes del Imperio. Chorreando sangre la herida, repetía nuestro Felipe: *«aunque el tirano me mandase dar libertad, no la admitiera.»*

Treinta días caminaron á pie para llegar desde Meaco á Nangasaki donde debia ser la ejecución, predicando siempre con elocuentes voces, con su inalterable paciencia y más con el gozo de sus semblantes, la verdad de la Religión por la que iban á morir. Son incalculables los trabajos que en el viaje padecieron, fatigados del crudísimo frío del Invierno, que en aquella región es intolerable.

En el trayecto fueron agregados otros dos cristianos japoneses, Francisco Carpintero y Pedro Suquexico. Llegó á veintiseis el número de confesores.

El día 5 de Febrero del año 1597 llegaron después de un penosísimo viaje á Nangasaki con mayor ansia de derramar su sangre por la fé, que los ministros de efectuar su cometido.

«Destinada una loma ó cerro para el suplicio, prevenidas las veinte y seis cruces en que habian de quedar los cuerpos, como crucificados, y las agudas lanzas con que habian de atravesar sus costados; al ver FELIPE su Cruz, lleno de lágrimas, se arrodilló á saludarla y venerar el instrumento de su gloria, y entre ahogados, pero alegres sollozos, no se cansaba de decirle mil ternuras, y requiebros, abrazándola y besándola muchas veces, regándola antes que con la sangre de sus venas con la de su corazón en un copioso raudal de lágrimas, que apenas le dejaban lugar para prorrumper agradecido: *¡O Dichoso Navío! ¡O dichoso Galeón San Felipe! Que te perdiste para que se ganase FELIPE! ¡O pérdida! No ya pérdida para mí, sino la mayor de las ganancias.* Con este denuedo hablaba FELIPE, cuando llegó el verdugo, y suspendiendo sus tiernos abrazos comenzó por él el sacrificio, uniéndolo con crueldad á la Cruz de que él habia propuesto no separarse jamás. Ajustadas cinco argollas, dos á los pies, y dos á las muñecas, y una á la garganta; ó por descuido, ó por malicia dejaron muy bajo el palo que por entre las piernas habia de sostener el cuerpo: de modo que levantando por los aires la Cruz, corrió hácia bajo y con violencia el cuerpo de FELIPE, circunstancias que lo hicieron padecer más y mayores dolores que sus compañeros; porque con las argollas de los pies, al caer se le arrolló con tanta crueldad el cút'z de las piernas, que se le veían los huesos de

las espinillas, las coyunturas se le desunieron, y el cuello quedó tan apretado y colgado, que casi se ahogaba; pero su espíritu tan pronto, generoso y sosegado, que deseoso de acabar su vida, con voz entera, para llamar á JESUS, publicar su Fé, y dar los últimos testimonios de su amor, pidió que lo pudiesen bien en la Cruz. Más, despreciando el Juez ejecutar la súplica, y viendo que FELIPE se ahogaba, determinó que muriese á la violencia de nuevos dolores. Mandó enristrar las lanzas, y atravesándolo por un costado, hicieron con fuerza salir la punta por el hombro contrario, y ejecutando lo mismo por el otro, á él solo, por especial providencia, y no á los otros Mártires, le clavaron tercera misteriosa lanza, con que suspendieron el Cuerpo, hasta dejarlo en su lugar. Acabaron estos golpes y heridas su vida que finalizó, llamando tres veces el nombre sacrosanto de JESUS, en cuyas manos entregó su espíritu. (1)

Corrían de su cuerpo arroyos de sangre que recogían los cristianos en pañuelos. La cruz de Felipe estaba levantada en medio de las otras, como si él hubiese de ser el capitán de aquella venerable y gloriosa compañía.

Es tradición que una imagen de N. P. S. Francisco que había en Meaco sudó sangre en abundancia, á tiempo que los Santos Mártires eran sacrificados.

Cuatro años no cumplidos había permanecido nuestro Santo en la Religión, según el antiguo Cronista Fr. Baltasar de Medina. No llegó á recibir ni aún los Ordenes Menores.

Treinta años después de su muerte, el Papa Urbano VIII lo Beatificó y concedió para México Misa y rezo especiales de nuestro Santo. Esto era el año de 1627. En Septiembre del año siguiente 1628 en que llegó á México la noticia de su Beatificación, fué celebrada con fiestas inauditas, tomándose por Patrón principalísimo de la Ciudad. Su madre que aún vivía, es fama que fué sacada en procesión al lado derecho del Virrey y tuvo asiento en el presbiterio de la Catedral. A ella y á sus hijas les fué asegurada una renta para su subsistencia. ¡Oh tiempos de fé! ¡Oh días de ven-

(1) Vida de San Felipe de Jesús. México, 1802.

fura! ¡Qué poquitas madres contarán con dicha semejante!

En el año de 1862 fué solemnemente canonizado nuestro Felipe por el Sr. Pio IX en presencia de centenares de Obispos; y según refiere Fr. Pablo del Niño Jesús, testigo de vista, verificada la canonización, el Te Deum entonado por el Santo Padre, fué respondido por cuarenta mil voces, y afirma que once mil cirios ardían en la Basilica.

*

Tal es el Héroe de este día. Tal el compaisano nuestro. Tal es el Santo á quien la Nación, que comienza á volver en sí cual hija pródiga de la Iglesia, ha tornado sus ojos para escogerlo como abogado intachable en la Corte Celestial, por los delitos que en los días nefastos de locura y frenesí ha cometido contra Dios y su Cristo, y en presencia del cielo, desconociendo la fé de sus mayores, despojándose de la rica túnica con que la Iglesia la donara, y vistiéndose de miserables harapos, desechos de las viejas naciones de la Europa.

Se ha levantado un magnífico templo en el centro de la capital, eterno monumento del dolor de este pueblo por sus pasadas faltas.

Toda una nación depositará allí el día de hoy sus lágrimas y plegarias, sus limosnas y sacrificios en expiación de sus llorados crímenes.

De todas las naciones cristianas del Orbe, se elevará hoy al cielo el sacrificio incruento del Unigénito de Dios por nuestra patria, y al cielo llegará un clamor universal salido de toda raza, de toda tribu, de toda lengua solicitando con instancia ¡¡¡PERDÓN PARA MÉXICO!!!

Y el anciano piloto de la Iglesia el gran Leon XIII, con su corazón sumergido en un oceano de ternura por el concierto universal de suplicantes, también hoy elevará, cual otro Moyses, sus ya cansados brazos, sosteniendo la HOSTIA SACROSANTA, para rogar por la nación impía.

¡Feliz inspiración! ¡Asombroso pensamiento!

.....
¡Se ha inclinado el cetro en señal de clemencia!

La misericordia del Señor es con nosotros!

Lágrimas de los justos, óbolos de las viudas, plegarias de los huérfanos, suspiros de las vírgenes, ruegos purísimos de los niños, ¡qué valiosos me pareceis en este día unidos á la sangre de un Mártir, y de un Mártir que es carne de nuestra carne y hueso de nuestros huesos!

No puede el Padre Celestial apartar sus ojos de un intercesor que presenta su sangre en copa de oro con los ruegos y sacrificios de toda una nación que pide sollozando el perdón por boca del más noble y agraciado de sus hijos.

Unámonos en espíritu á las personas que presentes estarán en aquel templo, y á los sacerdotes de todas las naciones que rogarán hoy por nosotros.

¡SAN FELIPE DE JESÚS, rogad por la Iglesia!

¡SAN FELIPE DE JESÚS, rogad por nuestra Patria!

¡SAN FELIPE DE JESÚS! rogad por la juventud!

¡Insigne Mártir de Cristo, presentad nuestras ofrendas y obtenednos el perdón.

Querétaro, Febrero 5 de 1897.

*

ORACION.

¡Oh Dios infinitamente misericordioso! que no obstante el progreso del vicio y aumento de nuestros pecados, has querido que te consagremos este Santo Templo Expiatorio en honor de nuestro compatriota el Bienaventurado Mártir SAN FELIPE DE JESÚS, y estar siempre manifiesto en este tabernáculo para que te adoremos; concede á todos los que aquí oren con corazón contrito y humillado, lo que prometiste á tu pueblo en la dedicación del Gran Templo de Jerusalén.

«Les oirè desde el cielo, serè propicio á sus pecados y sanaré la tierra de ellos.»

¡Escuchad, Señor, nuestras súplicas!

¡Perdónanos nuestros pecados!

¡Sana á nuestra patria de sus males!

¡Acepta en desagravio mis penas y trabajos, y la Sangre de San Felipe de Jesús unida á la de tu Divino Hijo, Cristo Señor nuestro! Amén.

AD MAJOREM JESUCHRISTI GLORIAM.